



HISTORIA DE UNA FOTO

Viviana Marchetti (comp.)



UNR
EDITORIA

Marchetti, Viviana

Historia de una foto / Viviana Marchetti ; Compilación de Viviana Marchetti. - 1a ed. - Rosario : UNR Editora, 2024.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-702-696-2

1. Relatos Personales. I. Marchetti, Viviana, comp. II. Título.
CDD A860

Compilación

Lic. Viviana Marchetti - Extensión y Vinculación , FCPolit (UNR)

Curaduría

Lic. Mariela Pasquini

Lic. Hugo Berti

Cátedra De luz, tiempo y mirada y otras cuestiones sobre
fotografía - Lic. en Comunicación Social (UNR)

Descripción de imágenes

Dr. Orlando Verna

Estudiantes de la cátedra Redacción II - Lic. en Comunicación
Social (UNR)

Diseño y maquetación

Rayen Krenz

Lucila Gonzalez Schmunk

Accesibilización

Arianna Piccioni - Dirección de Accesibilidad y Convivencia,
FCPolit (UNR)



**EXTENSIÓN Y
VINCULACIÓN**
ACCESIBILIDAD Y CONVIVENCIA

ÍNDICE

prólogos

viviana marchetti	4
mariela pasquini	5

historia de una foto

amigo piedra lautaro amione	6
román y las ventanas lucía leonard	8
los pueblos de mis abuelos paternos rosario avalis	11
conflicto por el canal de beagle karen roeschlin	13
hombres gimena chan	16
todo sea por el tp valentina mateo	18
foto familiar lucía pagano	21
gallegol brenda mur	24
de raíces y familia valentina luetic	27
temido y amado andrés crosseto	30
la rutina daiana bruce	33
verano en la feliz agustín bohé	35
10 de septiembre de 2016 florencia kuchen	38
la memoria fotográfica alvaro llera martinelli	41

autores	43
---------	----

PRÓLOGO

viviana marchetti Secretaria de Extensión y Vinculación – FCPolit

Postales accsensibles es un entramado de narrativas e imágenes que resignifican momentos cuidadosamente elegidos por los estudiantes en una propuesta de diálogo de saberes. Es un proyecto que da cuenta de una co-construcción de conocimientos que permiten relacionar saberes propios y experiencias en un recorrido curricular que desborda las propias asignaturas.

Los docentes y estudiantes se insertan en un proceso de formación integral, con trayectos académicos enriquecidos por la perspectiva de la discapacidad; un acercamiento a la producción de contenidos en formatos accesibles, a partir de la descripción de imágenes, para quienes necesitan utilizar lectores de pantalla.

Este relato polifónico propone un producto comunicacional con múltiples capas de sentido, promoviendo la defensa de valores, en pos de la equidad entre los diversos lectores.

La extensión integrada en los procesos de enseñanza-aprendizaje genera nuevos modos cognitivos que atraviesan los cuerpos desde una perspectiva integral.

Si los espacios curriculares se vuelven flexibles, se desdibuja el límite entre las materias y surgen zonas blureadas que ensamblan nuevos conocimientos en una articulación planificada y participativa que posibilita cambios en las percepciones y representaciones.

De este modo, el conocimiento puede generar un valioso aporte a la integración social.

Los relatos, que evocan vivencias propias o de algún ser querido, dan constancia de lo vivido y describen el pulso de ese momento elegido, el punctum, ese flechazo del momento capturado, que nos afecta como espectadores.

Postales accsensibles es un espacio donde lo diverso se articula entre pasado y presente, la potencia de la ternura de algunas imágenes, la riqueza de la concepción de cada instante retratado, simbolizan momentos significativos de su propia existencia.

PRÓLOGO

mariela pasquini Cátedra de luz, tiempo y mirada y otras cuestiones sobre fotografía

No estás tomando una fotografía, estás creando un recuerdo eterno
Diane Arbus

¿Cuál es la génesis de esta historia? ¿Fue cuando me topé con el libro “Las fotos” de Inés Ulanovsky donde ella revela historias extraordinarias detrás de fotografías cuidadosamente seleccionadas, en donde “las fotos no ilustran textos y los textos no están ahí para explicar las fotos”?

¿O fue mucho antes? ¿Fue cuando, revisando la caja de zapatos donde se guardaban las fotos analógicas encontré esa que inmortalizó mi ingreso a pre-escolar? Ciertamente, esa imagen trajo al presente un fragmento del pasado que evocó una historia más extensa que el simple instante en que se presionó el obturador.

No está claro el germen de la idea. Su materialización fue más precisa. Este proyecto pudo concretarse en el seno de una materia electiva que no escatimó longitud en su denominación, “De luz, tiempo y mirada y otras cuestiones sobre fotografía”; un espacio ideado, armado y puesto en práctica con la colaboración de **Hugo Berti**. Sin su apoyo no hubiera sido posible realizar nada de esto.

Esta producción que ustedes están por conocer presenta un entramado de voces que cuentan historias a través de un viaje íntimo y personal con una mirada singular. Un viaje a través de recuerdos y sensaciones recuperadas a través de la imagen.

El e-book fue diseñado por la Dirección de Accesibilidad y Convivencia. No puedo dejar de mencionar aquí el invaluable empuje, entusiasmo y generosidad de Viviana Marchetti y Arianna Piccioni que nos habilitaron poder poner a disposición de ustedes este producto que esperamos disfruten tanto como nosotros.



AMIGO PIEDRA

lautaro amione

Dos hombres jóvenes en un día de verano rodeados por un lago de agua cristalina y montañas cubiertas de vegetación. Uno de ellos está en cuclillas sobre los restos de un tronco con la mirada casual hacia un lado, mientras el otro joven, a su derecha, con cabeza gacha, no se percata de estar siendo fotografiado.

Nunca imaginé que una foto al instante de ser sacada pudiera guardar más de veinte largos años de antigüedad. Sin lugar a duda, es algo difícil de entender, pero la explicación es muy simple. Tan es así, que solo se trata de un nombre y apellido: Ramiro Paladino.

Que sea simple, no quiere decir que sea creíble. Eso solo depende de cada uno de ustedes, pero si no lo hacen es porque no conocen al protagonista de esta historia. Es decir, que no tuvieron la misma suerte que yo tuve. "Tato" es el gran compañero de toda mi vida, mi mejor amigo, mi primer enemigo, mi hermano. Un tipo cerrado, perfil bajo, de pocas palabras, sin sentimientos, un sentido del humor bastante ácido y sobre todas las cosas, muy cabeza dura.

Hay una palabra que seguramente odia desde que nació. "Whisky" es su gran pesadilla, su mayor inseguridad, su peor miedo. Y precisamente no estoy refiriéndome a una bebida alcohólica, sino más bien, a un término bastante popular que se utiliza en Argentina y no sé si en alguna otra parte del mundo. Término cliché que sirve para capturar alguna sonrisa bastante falsa en algún momento particular. La cuestión es que las fotos nunca fueron lo suyo, siempre y de forma muy efectiva intentó esquivarlas sin importar qué amenaza o castigo le esperaba.

Yo, fiel a sus convicciones y a pesar de mi interés por el arte de la fotografía, nunca le insistí de más para tener una postal que refleje algo de todo lo que nos une. Y creo que fue perfecto.

Porque a pesar de que tuvieron que pasar veintiún velitas de cada lado, recreos, pijamadas, fogones, playas, ríos, mares, montañas, partidos, estadios, risas, llantos, enojos, reencuentros, 2 anécdotas y tantas otras cosas... la foto llegó. La primera y única después décadas de conocernos. Y créanme que se trata de una sola foto.

Y literalmente por unanimidad, se trata de mi mejor foto con mi compañero de toda la vida. Un pedazo de nuestra historia, que trasciende el tiempo y espacio. Que por fresca que esté la pintura, guarda consigo años y años de experiencias.



ROMÁN Y LAS VENTANAS

lucía leonard



Un gato mira a través de una ventana desde el interior de una casa. Su pelaje es claro y largo. La imagen está en blanco y negro, y el gato está en el centro. El reflejo del vidrio muestra plantas, árboles y el cielo durante el día.

A Romi (Román siempre le gustaron las ventanas. No sólo porque se sentaba frente a ellas para observar –la calle, el patio, una habitación–, sino porque también, cada tanto, planeaba trascenderlas. Y más de una vez lo hizo: la primera fue una larga travesía por el barrio de mis abuelos, en Pergamino, que lo tuvo más de un mes desaparecido y le dejó como saldo una cadera rota, un pedazo menos de cola y varios rasguños. La segunda y la tercera ocurrieron ya en mi barrio, también de Pergamino, cuando nuevamente decidió que la vida de gato doméstico no lo definía por completo. Estas dos aventuras fueron más breves que la primera y lo devolvieron sucio, un poco más delgado, pero ileso. En cada ocasión regresaba con la nariz en alto y la cola parada, impávido ante la emoción de sus “dueños”.

Lo que la foto deja ver levemente es el interior y, reflejado, el patio de la casa de mis abuelos paternos, donde éstos vivieron la mayor parte de sus vidas y donde nacieron sus hijos, mi padre y mis dos tías. Romi llegó allí en el año 2007, pero apareció por primera vez en el patio de la casa de mis padres. Recuerdo llegar de la escuela y ver a través del ventanal del comedor una ráfaga blanca que iba y venía por el patio. Era el gato más lindo que había visto en mi vida: pelo largo y blanco, nostálgicos ojos verdes y la cola, toda gris, parecía un plumero. Tendría unos tres o cuatro meses de edad.

Luego de intentar en vano durante unos días que Cati, la gata con la que me crié, lograra aceptarlo en la casa decidimos, mi mamá y yo, ofrecer a Romi a mis abuelos. No fue fácil convencerlos, hasta que lo vieron. No sólo era hermosísimo, sino también de lo más afable y cariñoso. A partir de entonces, los domingos en familia tenían un plus de alegría para mí, amante de los gatos desde que tengo uso de razón. Y no sólo yo. No había visita que no admirara los atributos del nuevo habitante de la casa. Más allá de algunas travesuras sobreestimadas que enervaban a mi abuela, hoy creo que el gato fue una compañía incalculable para ella y mi abuelo.

Luego de fallecer este último, allá por el año 2010, mi abuela se negó a seguir viviendo en su casa y decidió mudarse a lo de mi tía Patri, en Capital. La foto fue tomada por mi tía Gaby (la menor de las hijas, aficionada a congelar momentos desde muy joven) precisamente el día de la mudanza, ya en el año 2011. Junto a muebles, adornos y otros objetos rematados, Romi ve su hogar desarmarse y desde la ventana parece querer darle la espalda a sus ya viejos refugios, siestas, comidas, cariños, travesuras. Frente a él, más allá de la ventana, contempla el verde césped pero también el futuro. La imagen es también para mí reservorio de vivos y leves recuerdos, engarzados en olores, sabores y palabras: los canelones de los domingos al mediodía, el olor a madera de la pieza de costura, las uñas de la abuela rascándome la espalda o el silbido de mi abuelo al entrar a la casa, luego de hacer las compras.

A diferencia de las anteriores, Romi no planeó la aventura que comenzaría poco después de la captura de esta foto. Y la ventana que lo deja ver, lejos de ser lo que otrora limitara sus andanzas pasajeras, parece ser el medio que aquel día eligió para una despedida por primera vez definitiva. En unas horas lo esperan, sin embargo, olores ya conocidos, pues su nuevo destino será, de hecho, un retorno: la casa de mis padres. Allí encontrará nuevamente el amor, la compañía y la libertad. Entre álbumes viejos elijo esta foto que retrata en conmovedora síntesis y en los ojos de un recuerdo (puesto que Romi ya no está), la nostalgia de lo vivido y el brillo del porvenir.



LOS PUEBLOS DE MIS ABUELOS PATERNOS

rosario avalis



Un amanecer en el campo con la silueta negra sólida a contraluz situada, a la izquierda de la imagen, de una persona mayor de apariencia masculina que mira, de perfil, hacia el horizonte. Está sobre un terreno irregular con yuyos.

Los pueblos de mis abuelos paternos tienen nombres raros. Todavía no sé qué significa eso.

Por ahora lo poco que sé es que Gödeken (el pueblo de mi abuelo) tiene una sola casa de dos pisos que se viene abajo de lo antigua que es. La vieja casa de alto de los Tonso, como el apellido del jugador de Newell 's, que nació acá.

También tiene un cementerio gigante que contrasta con lo escaso de la población. Como dice la prima de mi papá, Mirta, hay más gente ahí que en el pueblo.

Tiene curiosidad escondida en los rincones, y la nostalgia de no haber llegado a ser un pueblo ferroviario en la época de esplendor de los trenes (antes de Menem debe ser seguro). Papá dice que fue por la terquedad piamontesa, que fundaron un pueblo a un costado de la ruta.

-En el medio de la nada - dije yo

-En el medio de la nada no, en el medio de la tierra más fértil que puede haber - me corrigió él mientras hablábamos

En el pueblo la historia se mete entre los ladrillos de las casas viejas y las tira abajo sin que nadie lo impida; pero lo hace lento, y mientras tanto te podes encontrar con algún patrimonio histórico que probablemente sea derrumbado en algunos años por un chacarero que quiere hacerse un quincho para los fines de semana.

Vinimos acá buscando raíces, en parte porque yo quería tramitar la ciudadanía italiana y me faltaba información sobre nuestra familia. Siempre pensé que no éramos muchos, las pocas personas que encontré a lo largo de mi vida con mi mismo apellido resultaron ser parientes.

Pero acá hay muchos Avalis, en el campo, en el pueblo y en la tierra.



CONFLICTO POR EL CANAL DEL BEAGLE

karen roeschlin



Cuatro jóvenes que están en servicio militar obligatorio festejan la Navidad en una trinchera. Se encuentran sentados, tres arriba y uno abajo, cada uno sostiene un arma. El del suelo sostiene un pan dulce y uno de los de arriba una sidra. La fotografía está escaneada y es de mala calidad por su antigüedad.

En diciembre de 1978 estaba todo listo para que Chile y Argentina se enfrentaran de forma sangrienta en el canal de Beagle en disputa por unos territorios sin limitación específica para ningún país. Mi papá, con sólo 18 años, estuvo ahí.

La tensión entre ambas naciones por el estrecho marítimo austral, que conecta al océano Atlántico con el Pacífico, se remonta siglos atrás; pero se volvió más tangible cuando en 1977 una corte arbitral determinó que la soberanía del territorio era chilena, lo que a la dictadura argentina, encabezada por el general Jorge Rafael Videla, no le hizo gracia. Este último declaró como “insanablemente nulo” el fallo y, mediante la presión diplomática basada en su poder militar, forzó a Chile a negociar.

Este primer intento de “diálogo” fracasó, entonces la dictadura argentina dio paso a la “Operación Soberanía” con el objetivo de invadir Chile y tomar las islas Lennox, Picton y Nueva del canal, por la fuerza.

En nuestro país el servicio militar para jóvenes varones de entre 18 y 21 años era obligatorio. A través de un sistema de sorteo, se asignaba un número entre 1 a 1.000 a cada uno de los últimos tres números del documento de identificación nacional de los ciudadanos hombres. Anualmente se anunciaba un número de corte y aquellos ciudadanos cuyo número de identificación nacional correspondía a un número de sorteo sobre el corte eran objetos de conscripción. Mi papá se encontraba cursando el último año de secundaria en la escuela industrial de Reconquista, ciudad al norte de Santa Fe, cuando fue llamado a servir en febrero de 1978. Aún así, una cosa era cumplir con la “colimba” pero otra muy distinta era ponerle el cuerpo a una guerra sin precedentes en el territorio nacional en pleno siglo XX.

Mi papá me pasó fotos que sacó de incógnito con su kodak pocket 110 en las inmediaciones del aeropuerto de Puerto Santa Cruz durante el conflicto con Chile en diciembre de 1978. En ellas se puede ver el área desértica donde desembarcaron y los pozos donde pasaban los días y las noches.

La foto que elegí es la que sacó de sus compañeros dentro de uno de estos pozos. Se los ve con un pan dulce y una sidra, sonrientes: estaban celebrando Nochebuena. Sobre esto mi papá me dijo: "A pesar de las sonrisas, fue obviamente la peor Navidad de mi vida". Estuvieron ahí desde el 20 de Diciembre del 78 hasta el 13 de Enero del 79.

Por suerte la guerra no se llevó a cabo porque el Papa Juan Pablo II intervino en el conflicto, enviando al cardenal Antonio Samoré a actuar como mediador. Entonces, mejor dicho, "gracias a Dios" la guerra no se llevó a cabo.

Y gracias a mi papá que tuvo la valentía de llevar a escondidas su cámara para inmortalizar esos momentos. También por haber empezado, sin quererlo, este legado por el gusto a la fotografía.



HOMBRES
gimena chan



Cinco hombres de mediana edad están vestidos con ropa deportiva y sentados en semicírculo en el pasto después de jugar al fútbol de noche. Se los ve tomando cerveza y comiendo choripanes mientras hablan entre ellos.

De manera casi religiosa, todos los jueves mi viejo se junta a jugar al fútbol con sus amigos en el parque Yrigoyen. De acuerdo a la cantidad que sean definen el perímetro de la cancha donde desplegarán sus dotes. Los arcos se arman con mochilas o camperas y la altura del travesaño queda a elección de cada uno, lo que desencadena alguna que otra discusión y solicitud de VAR.

Es un grupo por lo menos raro, de personas muy variadas, unidas por diferentes razones y entornos. Muchos peronistas, algunos gorilas, anarquistas, también algún que otro trosko que al parecer quiere seguir teniendo 17 años por el resto de su vida. Hinchas de Central, los pechofríos como siempre son los menos, un bostero y un acérrimo hinch de Huracán. Hay una sola cosa que tienen inevitablemente en común: son hombres.

Altos, bajos, gordos, flacos, con chopera, lentos, menos lentos, rústicos, elegantes, talentosos, aguerridos. Todos hombres con una edad promedio que va entre los veinticinco y los sesenta. Hombres que cada jueves celebran su ritual: jugar al fútbol, tomar cerveza, comer una faldita, tomar más cerveza, leer poesía y por qué no consumir alguna que otra sustancia ilícita. Hombres que me recibieron con los brazos abiertos y sin dudarlos me permitieron ser parte de la liturgia.

Esta foto la saqué algún jueves después de un deleite de talento. Sentado tomando cerveza mi papá, un 5 elegante, el mejor que vieron mis ojos.



TODO SEA POR EL TP
valentina mateo

Tres jóvenes, en un día soleado y rodeados de plantas verdes, graban con una cámara una entrevista a un hombre de mediana edad, vestido con una chomba y bombacha de campo, sentado en una silla a la orilla del río Paraná. A las espaldas del hombre se encuentra el río y a lo lejos se ven los árboles pequeños del otro lado de la isla.

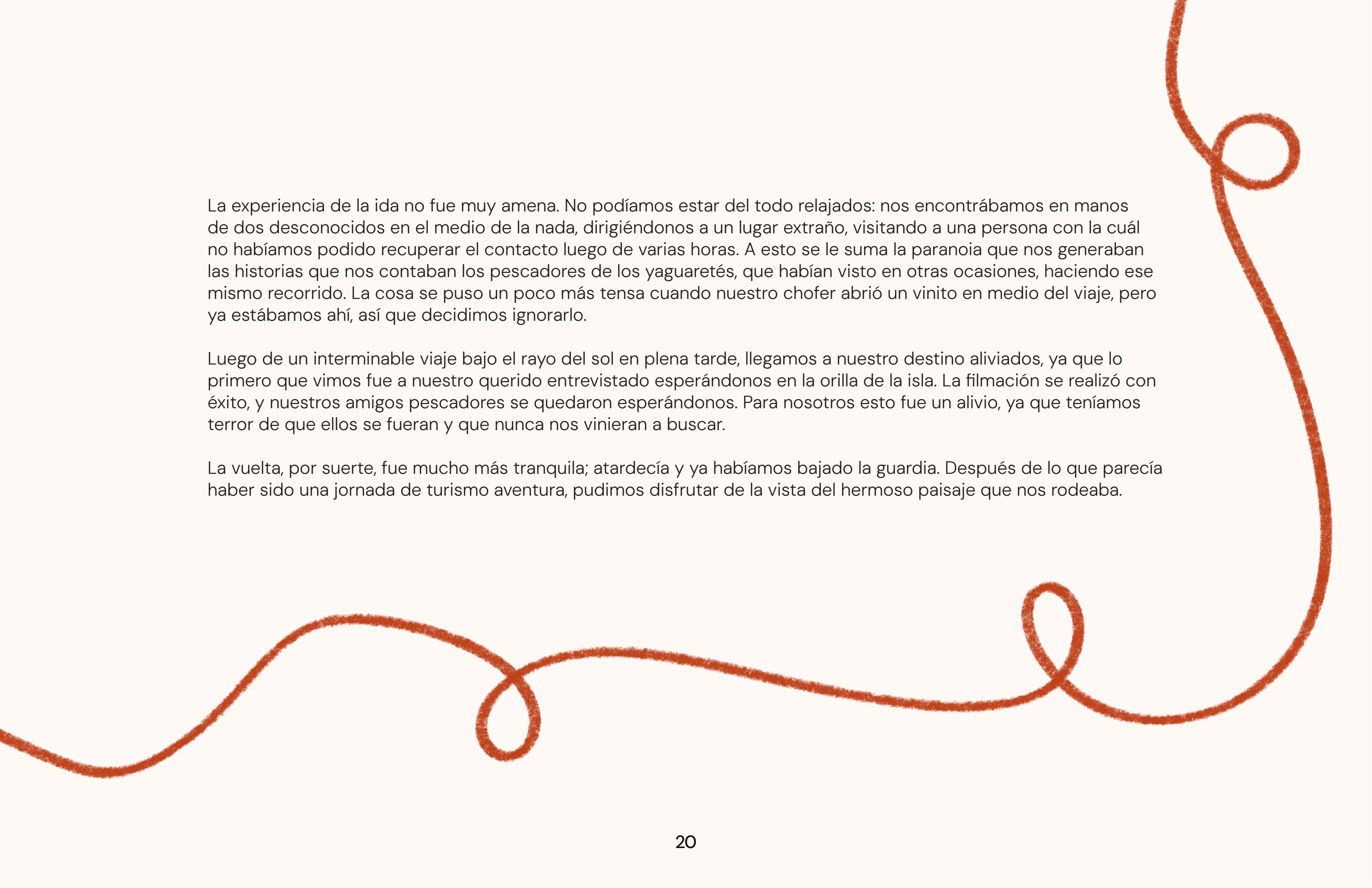
En octubre de 2022, me encontraba cursando la materia de Comunicación Audiovisual II, y con mi grupo teníamos la tarea de elaborar un trabajo final. En principio, habíamos pensado, con mucho entusiasmo, la idea de realizar una grabación sobre la historia del bar El Cairo y la “mesa de los galanes” ya que nos parecía algo accesible y bastante cercano. Sin embargo, el proyecto fue rechazado. Se trataba de una historia quizás un poco “sobredocumentada” y trillada. Ante la desesperación de que faltaban unos pocos días para la fecha de entrega, el grupo empezó a buscar soluciones desesperadas.

El que se encuentra en la foto es Ciro Requino, poblador preexistente de las Islas de Santa Fe, quien históricamente ha estado en conflicto con los brigadistas y guardaparques por la posesión de las tierras donde habita, cerca de Puerto Gaboto. A nosotros, pobres inocentes, la idea de grabarlo para que nos cuente su historia, dentro del contexto de su hábitat, nos cerraba por todos lados. Ya nos imaginábamos los increíbles (y no trillados) planos que tomaríamos de Ciro en su pequeño rancho, junto a la flora de la isla y del Delta del Paraná. Nos organizamos y nos propusimos filmar ese mismo fin de semana.

Llegó el sábado y empezó a aparecer un poco de preocupación por la poca (casi nula) comunicación que estábamos teniendo con Ciro, debido a que la señal en su ubicación no era la más favorable. Además, estaba pronosticado lluvia. Sin embargo, no podíamos renunciar; el trabajo había que entregarlo el martes y era nuestra última oportunidad.

“Tirémonos a la piletta, vamos con el auto a Puerto Gaboto y al toque cruzamos al río a esa altura” dijo un compañero.

Nos subimos al auto y nos dirigimos al pueblo, un viaje de hora y media. A nuestro favor, el día se estaba empezando a despejar. Al arribar, nos encontramos con calles totalmente desoladas, y al acercarnos a la zona del puerto, no había ni una sola lancha. De milagro, pudimos establecer contacto con dos pescadores y les comentamos nuestra situación: “nosotros los podemos llevar a lo del Ciro con nuestra lancha, sería una hora de ida y otra de vuelta” nos dijeron. Se nos abrieron los ojos como platos: Ciro, el isleño, no vivía al frente del pueblo, sino que vivía río adentro, a la altura aproximada de la región de Diamante, Entre Ríos. En ese momento, el grupo tuvo un mental breakdown: no confiábamos mucho en los pescadores, pero tampoco podíamos volver a Rosario con las manos vacías. Finalmente, el grupo tomó una decisión: dividimos los (altos) gastos que nos cobraban de la nafta de la lancha y arrancamos el viaje, ya estábamos en el baile.



La experiencia de la ida no fue muy amena. No podíamos estar del todo relajados: nos encontrábamos en manos de dos desconocidos en el medio de la nada, dirigiéndonos a un lugar extraño, visitando a una persona con la cuál no habíamos podido recuperar el contacto luego de varias horas. A esto se le suma la paranoia que nos generaban las historias que nos contaban los pescadores de los yagaretés, que habían visto en otras ocasiones, haciendo ese mismo recorrido. La cosa se puso un poco más tensa cuando nuestro chofer abrió un vinito en medio del viaje, pero ya estábamos ahí, así que decidimos ignorarlo.

Luego de un interminable viaje bajo el rayo del sol en plena tarde, llegamos a nuestro destino aliviados, ya que lo primero que vimos fue a nuestro querido entrevistado esperándonos en la orilla de la isla. La filmación se realizó con éxito, y nuestros amigos pescadores se quedaron esperándonos. Para nosotros esto fue un alivio, ya que teníamos terror de que ellos se fueran y que nunca nos vinieran a buscar.

La vuelta, por suerte, fue mucho más tranquila; atardecía y ya habíamos bajado la guardia. Después de lo que parecía haber sido una jornada de turismo aventura, pudimos disfrutar de la vista del hermoso paisaje que nos rodeaba.



FOTO FAMILIAR

lucía pagano

Cuatro adultos y una niña sonríen frente a cámara en el patio interno de una casa con parras secas. La niña está a upa de una mujer ubicada en el medio del cuadro. La foto fue tomada en invierno durante el día con cámara analógica.

Esta foto la vi por primera vez hace un año. La casa del fondo la conozco muy bien. Es la casa de las parras de uva que cuelgan de la glorieta, la de la planta de tomate que asaltábamos con mis primos en verano, la de la biblioteca inmensa llena de libros que no nos animábamos a tocar. Me crié en esa casa y si cierro los ojos me puedo imaginar allí en un instante. Lo puedo ver a mi tío abuelo Delio escuchando la radio en la cocina.

La casa la conozco de memoria, las personas de la foto, no tanto. Aunque son cinco personas que llevan el mismo apellido que yo.

¿Será el año 76? ¿77 tal vez? No lo sé. Le pregunto a mi papá pero tampoco se acuerda.

Si miramos de derecha a izquierda primero tenemos a papá, Julio Cesar Pagano. De él sé muchas cosas, o por lo menos eso quiero creer. En esa foto tendría unos 18 años y tiene la misma cara que hoy con 63, solo que ahora la cabeza se le tiñó de blanco y los kilos de más no le permitirían volver a ponerse ese sweater. La sonrisa es la misma, tan igual que asusta. Ahí era un adolescente medio rebelde que lejos estaba del que muchos años después se convertiría en mi papá.

Al lado está mi abuelo, Julio Cesar Pagano. El primero, el original. Mi abuelo murió cuando yo tenía seis años. Tengo fotos con él pero no recuerdos. Me cuentan historias de cosas que decía de mí pero ninguna despierta ni un rastro de mi memoria. De todas las personas de las que poco conozco, es la que más intriga me da. El artista cuyos cuadros visten mi casa cual museo, el que dejó todo para irse a vivir del arte y que con todas las apuestas en contra, lo lograría. A veces me gusta imaginarme como sería si estuviera vivo, si seríamos amigos, si yo le caería bien. Cuando leo cartas viejas que le mandaba a su hermana o fragmentos de relatos que él escribió me permito jugar a que lo conozco.

La que le sigue es mi tía Claudia, la hermana mayor de mi papá. Me crié con ella, está en todas mis fotos y fue a todos mis cumpleaños. Cuando yo era chica insistían en que era igual a ella y me enojaba mucho, yo sostenía ser igual a mi mamá. Claudia es parte de mi vida, siempre lo fue, pero no sé si puedo decir que la conozco demasiado. Es extraña esa sensación al darnos cuenta de lo poco que sabemos de las personas en nuestra vida, de la cantidad de cosas que damos por sentado.

En la foto le está haciendo upa a mi "tía" Magdalena. Uso comillas porque no sé si le puede decir así a alguien que no conocés. Magdalena es la media hermana de mi papá, hija del segundo matrimonio de mi abuelo. Yo no la conocí, para cuando nací ya habían perdido toda relación, ella vivía en Buenos Aires y nosotros en Reconquista. Magdalena es una extraña con mi sangre y mi apellido. Tiene un hermano, se llama Lucas, que es aún más desconocido para mí. Hace poco vi una foto actual de ellos y me sorprendió lo parecidos que son a mis otros tíos, reconocí rasgos muy familiares en dos extraños.

El último de la foto, el niño de ojos chinos como los de mi papá, es mi tío Ricardo. El más chico de la primera camada de hijos de mi abuelo, los que tuvo con mi abuela Pili. Ricardo falleció cuando yo tenía 9 años. De una enfermedad que se lo llevó tan rápido que no nos permitió ni procesar que estaba enfermo. Lo que se de él, lo construí. Me fui agarrando pedacitos de historias que escuchaba, me fui robando opiniones ajenas hasta formar una imagen de lo que pudo haber sido. Tan así que las pocas imágenes que tengo de situaciones junto a él no sé si fueron reales o si me las inventé.

Mi papá habla poco de tener un hermano muerto y dos hermanos con los que no habla. De chica pensaba que mi papá era invencible, que nada lo podía tumbar. Ahora que soy un poco más grande entiendo que sí le duele, que le duelen tantas cosas que si empezara a hablar ahora no terminaría jamás. Por eso yo le sigo el juego y cuando finge indiferencia yo lo dejo creer que me convenció.

Me faltan muchas piezas del rompecabezas de la vida de mi papá. Como estas personas de la foto con las que comparto ADN pero de las que no puedo decir mucho más. Sin embargo, sé muchas otras cosas de él y de la familia que construyó. Hoy la foto es otra y de esas cinco personas puedo decir que sé casi todo.



GALLEGOL
brenda mur



Un hombre joven, de gesto entre serio y preocupado está de pie y en postura erguida vestido con indumentaria deportiva en una cancha de fútbol. Tiene el pelo corto, piel trigueña y ojos oscuros. Es una imagen con textura rota, que parece escaneada de un diario en blanco y negro.

El sueño de Eduard, desde que era chiquito, siempre fue jugar a la pelota. La mayoría de sus anécdotas y recuerdos están vinculadas a ese deporte, su deseo y pasión.

Tengo una preferida...

A él no le gustaba estudiar y sus padres bien sabían que lo que más amaba en el mundo era el fútbol, por eso uno de los castigos frecuentes tenían que ver con no dejarlo jugar. Cuando Eduard tenía 13 años, Jorge, su papá, emprendió un castigo un poco diferente a los de siempre. Le compró uno de los mejores botines que había en ese momento, los ubicó prolijamente dentro de la caja en el escritorio de la habitación de Edu y su hermano y le ofreció un trato: sólo podría usarlos cuando le empezara a ir mejor en el colegio.

A los días, cuando en casa sólo se encontraba su mamá Susana (más compinche con su hijo que su marido), Eduard calzó los botines nuevos y se fue a entrenar al Parque Alem. Volvió con los botines del castigo bastante sucios. No le quedó otra que pedirle ayuda a Susana, quien rápidamente los dejó impecables para volver a guardarlos en su caja como si nunca hubiesen sido estrenados. Jorge nunca se enteró.

Así transcurrió su adolescencia, anhelando jugar profesionalmente. Esta foto es del momento en el que estuvo a punto de conseguirlo.

Con 19 años a principios de enero de 1998, cuando jugaba en la reserva de Newell's, quien lo representaba le dio una de las mejores noticias de su vida: ese mismo mes el gallego, como lo apodaban en el barrio, viajaría a España a probarse en un club de la segunda división B: el Burgos.



En Buenos Aires, lo despidieron sus hermanos Dafne y Hernán y su novia de hacía 3 años, Gisela. Edu partió con la ilusión acumulada de años. Después de algunos vaivenes parecía que su recorrido comenzaría a tomar impulso. Lo que no esperaba era la pregunta que le hicieron no más llegar: “¿Y tu metro ochenta dónde lo dejaste? Si comenzamos con mentiras vamos mal...”. Esperaban un delantero alto, bien alto, capaz de anotar muchísimos goles. Al parecer alguien había dibujado números sobre su estatura.

Las expectativas eran altas. La foto, tomada por una reportera gráfica que firma como “Patricia” a secas, fue publicada en la sección de deportes del Diario de Burgos un viernes 16 de enero de 1998 junto a una nota dedicada a los jugadores que arribaban al club con intenciones de quedarse.

Eduard, por estos percances de altura, tuvo que convencer al presidente del club que lo dejara entrenar con el equipo. Lo logró. Se dirigió hacia los vestuarios para cambiarse y salió a comerse la cancha. Tuvo un buen desempeño durante el “partidillo”, pero no fue suficiente. “Si hubieras marcado ese gol que fallaste debajo del arco te habría fichado”, fue lo que le dijo el presidente cuando terminó el entrenamiento a pesar de haberle gustado su juego.

Un sueño de 3 días que Edu disfrutó como ningún otro.



DE RAÍCES Y FAMILIA

valentina luetic

Un grupo de personas, entre mayores y niños, posan al aire libre de día sobre una calle de cemento frente a una institución, con un mástil con una bandera azul, roja y blanca en descanso.

Uno pensaría que no existe familia más intensa que la de los Montaner, pero las hay.

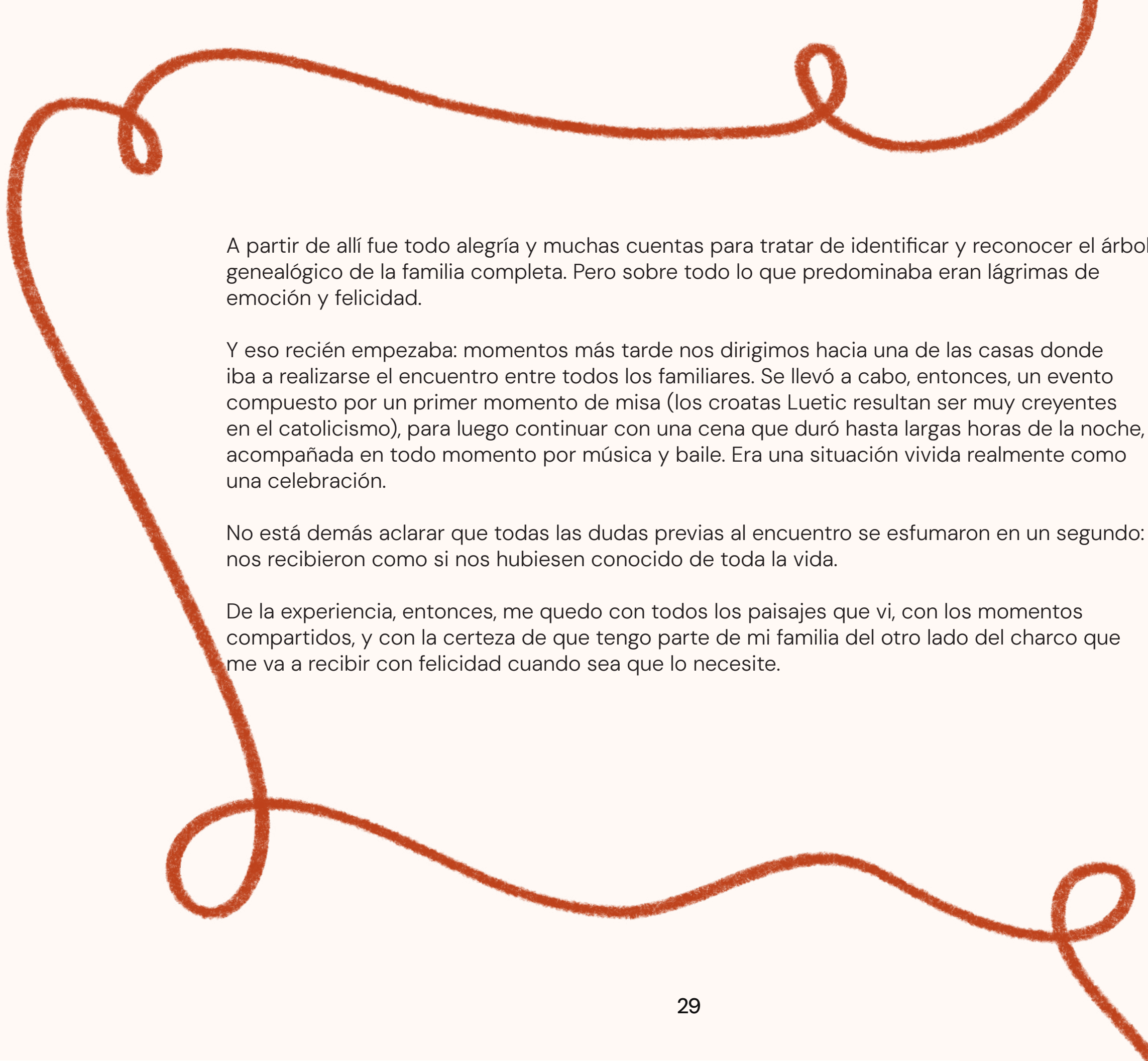
En agosto, mi papá y sus hermanas pudieron cumplir su sueño de viajar a Croacia, y visitar la tierra donde había nacido su abuelo, quien a principios del siglo pasado había dejado atrás a su pueblo y a toda su familia para escapar de la guerra y obtener una mejor calidad de vida.

Mi papá y mis tías llevaron a sus respectivas familias, para poder hacer un viaje y recorrer el país y sus paisajes, pero sobre todo para vivir una experiencia familiar única.

Durante los primeros momentos del camino, había mucha incertidumbre y ansiedad. “¿Cómo nos van a recibir? ¿Cómo vamos a comunicarnos? ¿Serán amables? Viste que los croatas tienen mala fama...” eran algunas de las frases que resonaban en conversaciones previas al encuentro. Pero de todas formas, predominaba sobre todo la ilusión por conocer a otra parte de la familia, por conocer nuestras raíces.

Antes de emprender viaje, una de mis tías se había comunicado por Facebook con familiares croatas, dándoles aviso de nuestra llegada al pueblo. La fecha no fue pactada de forma azarosa: resulta que la familia Luetic, de Croacia, se reúne cada agosto para celebrar el simple hecho de ser familia. Esto surge a partir de que actualmente nadie vive en el pueblo, más allá de cuatro personas ya jubiladas. El resto vive, en su mayoría, en las ciudades de los alrededores.

Apenas llegamos al pueblo, nos topamos con una primera casa: resultaba ser aquella donde mi bisabuelo vivía antes de emigrar hacia Argentina. Nos bajamos todos tímidamente del auto y nos acercamos hacia la entrada, donde había un hombre mirándonos con mucha curiosidad. De la mejor forma que pudimos, tratamos de explicarle de dónde veníamos. Apenas le mencionamos que veníamos de Argentina, al hombre le cambió completamente la cara. Lo único que dijo fue “Gregorio”: el nombre de mi bisabuelo.



A partir de allí fue todo alegría y muchas cuentas para tratar de identificar y reconocer el árbol genealógico de la familia completa. Pero sobre todo lo que predominaba eran lágrimas de emoción y felicidad.

Y eso recién empezaba: momentos más tarde nos dirigimos hacia una de las casas donde iba a realizarse el encuentro entre todos los familiares. Se llevó a cabo, entonces, un evento compuesto por un primer momento de misa (los croatas Luetic resultan ser muy creyentes en el catolicismo), para luego continuar con una cena que duró hasta largas horas de la noche, acompañada en todo momento por música y baile. Era una situación vivida realmente como una celebración.

No está demás aclarar que todas las dudas previas al encuentro se esfumaron en un segundo: nos recibieron como si nos hubiesen conocido de toda la vida.

De la experiencia, entonces, me quedo con todos los paisajes que vi, con los momentos compartidos, y con la certeza de que tengo parte de mi familia del otro lado del charco que me va a recibir con felicidad cuando sea que lo necesite.



TEMIDO Y AMADO

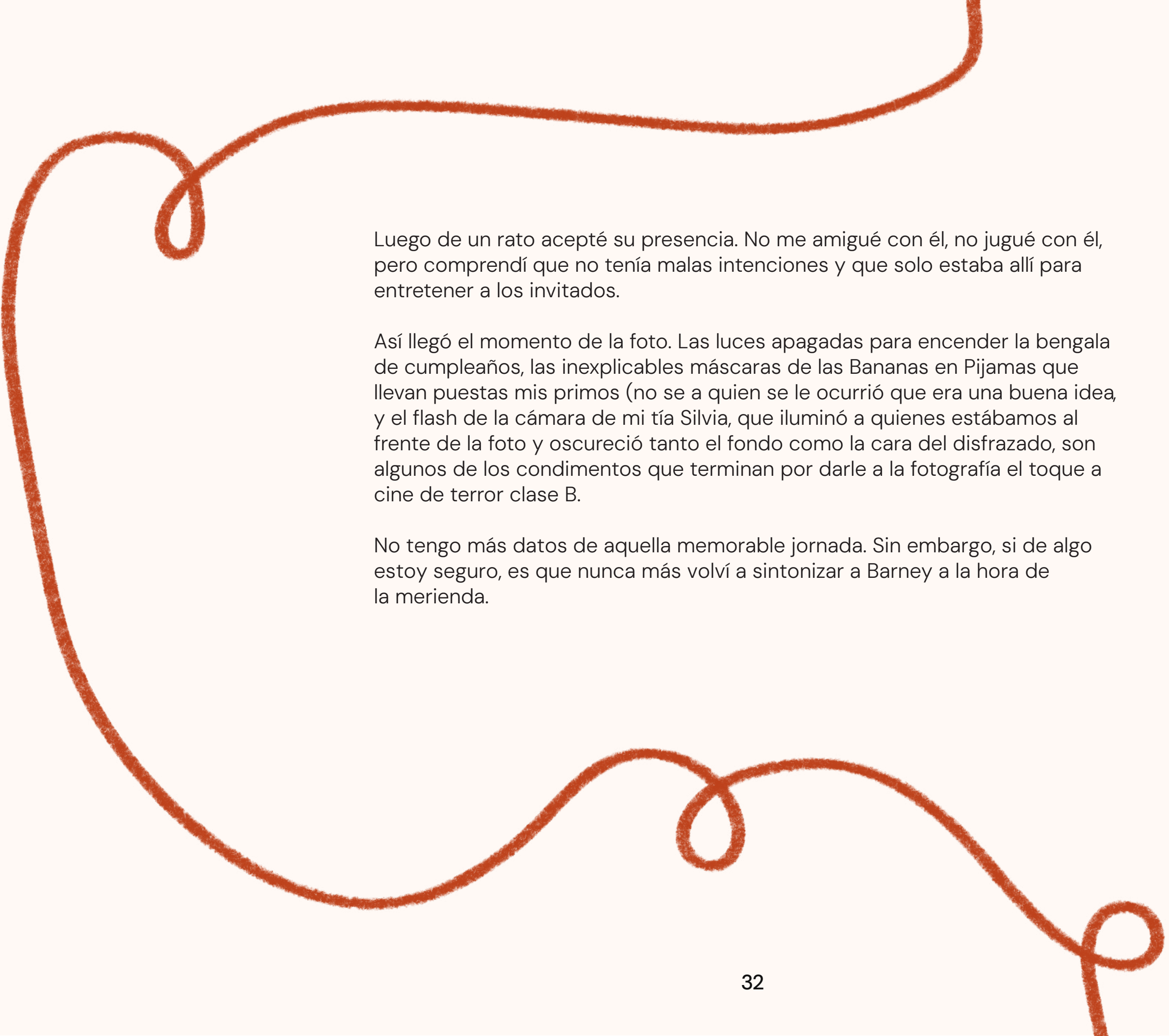
andrés crosseto

Un niño cumple tres años. Tiene una expresión neutral y está sentado frente a una torta con dibujos de la serie Bananas en Pijamas. Alrededor hay varios niños, algunos usan máscaras con la cara de los personajes; detrás de él, una persona disfrazada del dinosaurio Barney. Las luces están apagadas y lo único que ilumina es el flash de la cámara haciendo una escena sombría.

El que se ve en la fotografía soy yo. Un niño que acababa de cumplir 3 años y que por alguna razón, al día de hoy desconocida, era reacio a ser el centro de atención en cualquier acontecimiento ínfimamente multitudinario. Evidentemente, no disfrutaba mucho mis fiestas de cumpleaños, de por sí se trataba de un día complicado. Por supuesto que no tengo más que algunos recuerdos borrosos de aquella ocasión, pero los relatos sobre esta imagen, que año a año se renuevan en las reuniones familiares de los domingos, me permiten realizar una reconstrucción, más o menos fiel, de lo que ocurrió aquel día.

Se trataba de un festejo normal, al que concurrieron amigos del jardín, primos y otros familiares. El mismo se llevó a cabo un 21 de septiembre por la tarde, en un salón de fiestas que se llamaba Dino. Desconozco si aún sigue existiendo. Todo marchaba relativamente bien, a pesar de mi habitual rechazo a este tipo de eventos, no parecía estar pasándola especialmente mal. Por el contrario, se me veía feliz.

El problema surgió cuando irrumpió en la sala el sujeto que pueden observar detrás de mí. El bizarro reptil violáceo con los brazos semi levantados; en realidad un bienintencionado trabajador del salón disfrazado de Barney, el dinosaurio. El simpático personaje que aparecía diariamente en la televisión, al cual amaba y disfrutaba ver durante la hora de la merienda, sin embargo, no me pareció tan amigable en aquella ocasión. En el instante exacto de su aparición, corrí entre lágrimas a los brazos de mi mamá, que andaba circulando por ahí sacando alguna foto, o repartiendo comida a los invitados. No quise saber nada con él, ni con su repentina irrupción en mi fiesta de cumpleaños. El invasor quería fotografiarse conmigo, pero al Andrés de 3 años aquella cuestionable representación de Barney, el dinosaurio, le pareció más terrorífica que simpática.



Luego de un rato acepté su presencia. No me amigué con él, no jugué con él, pero comprendí que no tenía malas intenciones y que solo estaba allí para entretener a los invitados.

Así llegó el momento de la foto. Las luces apagadas para encender la bengala de cumpleaños, las inexplicables máscaras de las Bananas en Pijamas que llevan puestas mis primos (no se a quien se le ocurrió que era una buena idea, y el flash de la cámara de mi tía Silvia, que iluminó a quienes estábamos al frente de la foto y oscureció tanto el fondo como la cara del disfrazado, son algunos de los condimentos que terminan por darle a la fotografía el toque a cine de terror clase B.

No tengo más datos de aquella memorable jornada. Sin embargo, si de algo estoy seguro, es que nunca más volví a sintonizar a Barney a la hora de la merienda.



LA RUTINA

daiana bruce



Foto 1: Un hombre y una mujer, canosos, sentados de espaldas uno al lado del otro en sillas plegables, observando el río. El hombre lleva puesta una boina. Junto a una de las sillas hay un bolso matero hecho de mimbre.

Foto 2: La misma escena recreada años después. Ahora hay una columna luminaria nueva y barriles de metal por el lugar. En el río hay veleros blancos. La mujer está cebando un mate.

Cada vez que veo una pareja de viejitos compartiendo tiempo juntos en algún lugar me siento conmovida. Esto sonará muy cursi pero me hace creer en el amor: verlos riéndose de algo, caminando de la mano, sentados mirando el paisaje, leyendo uno al lado del otro.

Me acuerdo cuando los vi por primera vez. Estaba paseando por La Florida con unas amigas. Ellos estaban ahí, existiendo, sentados perfectamente uno a la par del otro. Me dio mucha ternura. "Miren", les dije a las chicas. "Sacales una foto", dijo Bren y quedó. La fotografía está tomada con la cámara analógica de mi abuela, el rollo estaba vencido, los tonos tiran a fríos. No me acuerdo bien pero por la ropa sería otoño o invierno.

El río de color azul y el cielo sin una nube, ellos dos contemplando, en el centro, en esas sillas que parecen de director de cine. Él lleva una boina negra; ella tiene el pelo blanco, el bolso de mate de su lado, es decir que es la cebadora.

Imagino que se llevan muy bien, que pueden estar en silencio por mucho tiempo y disfrutar de esa compañía, también que tienen muchas charlas sobre películas. Él podría ser de esas personas serias que cuando entran en confianza son graciosas, ella cariñosa, abrazadora y charleta. Cocinan juntos y se intercambian libros. Después de tantos años son como los mejores amigos, se conocen más que nadie, a veces se pelean por pavadas que después olvidan.

Pienso en la rutina, que muchas veces da miedo, convivir con alguien y terminar llevándote mal, cansarse, aburrirse: pero los veo y quiero eso cuando sea vieja. Una vida tranquila compartida con alguien me haga chistes, con quien mirar el río en silencio y no me molestaría hacer todos los días lo mismo.

La segunda vez que los vi no lo podía creer. Pensar que hacen esto siempre y no ocasionalmente vuelve todo mucho más romántico. Como no llevaba la cámara, saqué con el celular. Esta vez me di cuenta de algo nuevo: las piernas cruzadas para el mismo lado. Todo sigue igual, ¡qué bien! :)



VERANO EN LA FELIZ

agustín bohé



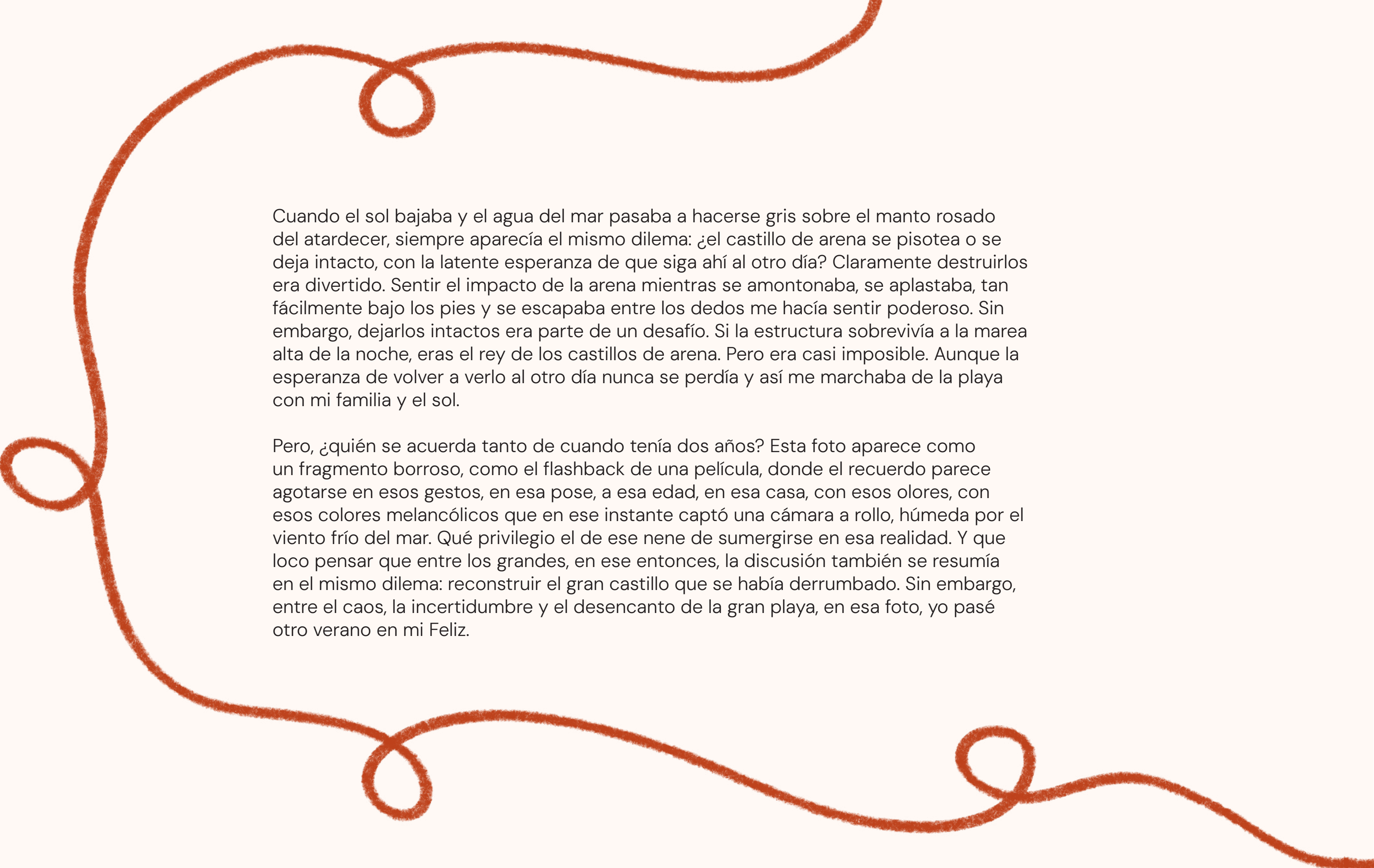
Un niño pequeño en pie, apoyado sobre una cerca blanca al aire libre, frente a una casa con ventanas de madera y cortinas blancas. El niño, que lleva un conjunto claro y sandalias negras, sonríe mientras sostiene algo en la mano. El entorno está rodeado de vegetación, con arbustos y flores. Es un día soleado, con luz brillante.

Son los años dorados marcados por la inocencia pura de la infancia, plasmados en una fotografía, para siempre. Ahí estoy, con dos años y medio parado al lado de una pequeña puertita blanca de madera, al lado de la tradicional cerca de las casas de cuentos. Es un verano en "La Feliz", en 2001. Casi se puede percibir el aroma de las plantas y flores del jardín.

En la foto, visto una musculosa gris, un pañal y unas sandalias azules. Estoy comiendo una factura. No me acuerdo, pero dicen que solo me comía la crema pastelera y el resto de la masa se lo daba a alguien más. No tenía vergüenza. Y se trataba de eso, todo era simple. Parecía feliz.

La casa de la foto era de mi abuelo. Mi abuelo se había mudado a Mar del Plata para escapar de un pasado que lo acechaba. Una historia de traición o de amor verdadero, depende cómo se lea el cuento. Allí se instaló con su nuevo amor. Uno que inició inevitable y clandestino, pero qué iba a juzgar un nene de dos años. La casa, rodeada de verde, olía a hortensias, margaritas, rosales y sal de mar. En un Renault 12, rojo brillante, con el gasoil justo, solíamos visitarlo desde Rosario. En la foto, 2001 terminaba y fue un año complicado. Sin embargo yo no podía esperar a ver las olas del mar, a sentir la sal en la lengua, a tocar la arena húmeda y estrujarla con mis manitos. Tener esa edad es encantador. Qué diferente sería volver a ver la cotidianidad a través de los ojos de un nene. Sin duda muchas veces sería más fácil de digerir.

"¡Qué se vayan todos!" escuchaba gritar mientras veía a la gente golpear cacerolas por televisión. A mediados de diciembre, Cavallo, el entonces ministro de economía, impuso el famoso Corralito. Claramente protestas y represión eran palabras que no comprendía y que mucho menos sabía pronunciar. Había cosas más importantes. A mi me gustaba perseguir las olas, y una vez que me alcanzaban, escapar de ellas. O tratar de agarrar la espuma de mar con las manos. O construir un túnel firme, que lleve agua al castillo que había construido con vasitos de yogur vacíos y decorado con caracoles rotos.



Cuando el sol bajaba y el agua del mar pasaba a hacerse gris sobre el manto rosado del atardecer, siempre aparecía el mismo dilema: ¿el castillo de arena se pisotea o se deja intacto, con la latente esperanza de que siga ahí al otro día? Claramente destruirlos era divertido. Sentir el impacto de la arena mientras se amontonaba, se aplastaba, tan fácilmente bajo los pies y se escapaba entre los dedos me hacía sentir poderoso. Sin embargo, dejarlos intactos era parte de un desafío. Si la estructura sobrevivía a la marea alta de la noche, eras el rey de los castillos de arena. Pero era casi imposible. Aunque la esperanza de volver a verlo al otro día nunca se perdía y así me marchaba de la playa con mi familia y el sol.

Pero, ¿quién se acuerda tanto de cuando tenía dos años? Esta foto aparece como un fragmento borroso, como el flashback de una película, donde el recuerdo parece agotarse en esos gestos, en esa pose, a esa edad, en esa casa, con esos olores, con esos colores melancólicos que en ese instante captó una cámara a rollo, húmeda por el viento frío del mar. Qué privilegio el de ese nene de sumergirse en esa realidad. Y que loco pensar que entre los grandes, en ese entonces, la discusión también se resumía en el mismo dilema: reconstruir el gran castillo que se había derrumbado. Sin embargo, entre el caos, la incertidumbre y el desencanto de la gran playa, en esa foto, yo pasé otro verano en mi Feliz.



10 DE SEPTIEMBRE DE 2016

florencia kuchen



Una joven en un concierto al aire libre, posando frente al escenario. Viste una camiseta de la banda Pantera y hace el gesto de "cuernos", característico del rock y el metal. Detrás de ella, se ve una multitud de personas, muchas con camisetas de bandas, mientras esperan el inicio del show. El escenario está preparado con equipos y amplificadores y se ve un cartel de la banda Black Stone Cherry.

Por la mañana hacía mucho frío, nos levantamos bastante temprano, emocionados, listos a las 6 AM para tomar un colectivo a Santa Fe.

Nos dejó en una plaza vacía, donde se asomaban los primeros rayos de sol, pero aun estaba bastante oscuro.

De a poco se fue llenando de gente, grupos de amigos con remeras de bandas, formando un semicírculo a un lado del nuevo colectivo. Empezamos el segundo viaje, donde el aire acondicionado nos obligaba a taparnos con las mochilas.

A la tarde, después de un par de bandas, se pone pesado, y el sol deja marcas rojas en nuestras caras y en mis hombros, porque en el momento me pareció copado cortarle huecos en las mangas de la remera.

Eso es lo primero que se me viene a la mente cuando miro esta foto y recuerdo mi primera experiencia en festivales. Una piba asustada, que se creía bastante informada.

Lo más importante que llevé, aparte de la entrada, fue un celular viejo para capturar momentos con baja calidad y una serie de reglas para sobrevivir, recolectada por consejos anónimos y mucha televisión:

Primero: Las zapatillas de lona bien atadas, doble nudo que de vuelta por el tobillo, no está bueno perderlas si alguien las pisa. Que plomo volver en patas, como le pasó a Nico allá por el 2010 con Metallica.

Segundo: La mochila agarrada siempre al frente, me contaron que si te descuidas te pegan el tirón y que si te das vuelta no hay chance, perdiste tus cosas para siempre.

Tercero: No tomes mucho, las filas del baño son largas y no querés perderte ninguna banda. Pero toma algo, porque el sol y el amontonamiento te pueden hacer mal.

Cuarto: Metete en el pogo, si te caes siempre alguien te va a levantar, hay códigos en estas cosas. Pero, si tiran una púa, y no la agarras de una, no te tires al piso, creeme, zapatillas contra manos no sale bien.

Quinto: Elegí un punto de encuentro, algún puesto o una torre, no te pierdas entre la gente, siempre quedate pegadita a tu grupo, el celu con mucha carga y lleva el cargador por las dudas. (Sí, esta fue mi mama)

Hoy, si hubiese sabido que una pandemia iba a romper al mundo en pedacitos, solo me gustaría agregar un consejo a Mi Yo del Pasado: No les des tanta importancia a los otros puntos, disfrutá y cantá como si fuese el último, porque nunca sabes cuando puede ser verdad.

PD: Capaz sí te diría que te pongas mucho protector solar, porque se te va a caer la piel por un mes.



LA MEMORIA FOTOGRAFICA

álvaro llera martinelli

Un hombre apoyado en una baranda observa a dos niños pequeños que están tirados en el suelo, cerca de una alcantarilla en un paseo al aire libre. Ambos niños están boca abajo mirando por los huecos en el piso. El camino de cemento está junto a un barranco con vegetación y algunas personas caminan al fondo, disfrutando del día. La foto tiene la fecha impresa: 23 de marzo del 2000.

No puedo contar con detalles la historia de esta foto. La memoria es caprichosa. Me acostumbré a que nunca se acuerde de aquellas cosas de las que todos se acuerdan. Esa costumbre a veces es trágica, porque implica que dude también de aquello que sí creo recordar. Y así, muchos de mis recuerdos se mueven en el terreno de la inconsistencia. Aunque, quizás, como pasa en el análisis, no importe tanto la veracidad, la precisión o el cuándo, sino, justamente, cómo nosotros lo recordamos.

Los recuerdos de la infancia se escurren, se deshacen o se reviven intensamente. Estos últimos, en mi caso, son los menos. De los primeros tengo un montón, sin nombre, desorganizados y perdidos por ahí. Pero la fotografía, la imagen que congela el movimiento (y el momento), empieza a delinear una forma. Pone a trabajar la memoria, nos hace deducir, sacar conclusiones. Nos obliga a querer recordar porque nos molesta aquello que no recordamos tanto como nos molesta aquello que no entendemos. Y con ese empujón fotográfico, empiezo a ver con ojo de pez por ese agujero en el piso al río romper contra la orilla. Me vuelve el vértigo de pensar que por ese agujero cabe mi cuerpo, que me puedo caer en cualquier momento pero que tampoco puedo dejar de ver.

La veo a mi hermana, con su seguridad habitual. Y a mi papá, con la satisfacción de vernos crecer. Intuyo que mi mamá sacó la foto. Y sé que veinte años después la conservará, junto a muchas otras, en varios álbumes arriba del placard. Me acuerdo, también, de otras veces que pasé por ahí y me pregunto cuándo fue que dejé de tirarme al piso a mirar. Sigo sin recordar qué día era, ni qué edad tenía, ni qué hicimos antes o después.

AUTORES

amigo piedra

escrito por **lautaro** amione

descripción de imagen hecha por **florencia** curbela, **javier** hiriart y **juana** piazza

román y las ventanas

escrito por **lucía** leonard

descripción de imagen hecha por **valentina** cabruja, **lola** cattaneo y **santino** bugatti

los pueblos de mis abuelos paternos

escrito por **rosario** avalis

descripción de imagen hecha por **francisco** bosio, **martín** pagani, **juan cruz** tropea y **guillermo** domínguez

conflicto por el canal del beagle

escrito por **karen** roeschlin

descripción de imagen hecha por **delfina** lucero, **helena** vázquez pagliero y **regina** vicente

hombres

escrito por **gimena** chan

descripción de imagen hecha por **quimey** danelutti, **alejandrina** martínez y **ángeles** taborda

todo sea por el tp

escrito por **valentina** mateo

descripción de imagen hecha por **sol** caseres y **morena** clohesey

foto familiar

escrito por **lucía** pagano

descripción de imagen hecha por **samuel** brito y **juliana** sanz

gallegol

escrito por **brenda** mur

descripción de imagen hecha por **candela** moreno y **orlando** verna

de raíces y familia

escrito por **valentina** luetic

descripción de imagen hecha por **ludmila** capeletti y **delfina** giosa

temido y amado

escrito por **andrés** crosseto

descripción de imagen hecha por **julia** cabezas

la rutina

escrito por **daiana** bruce

descripción de imagen hecha por **julia** cabezas

verano en la feliz

escrito por **agustín** bohé

descripción de imagen hecha por equipo dirección de **accesibilidad y convivencia**

10 de septiembre de 2016

escrito por **florencia** kuchen

descripción de imagen hecha por equipo dirección de **accesibilidad y convivencia**

la memoria fotográfica

escrito por **álvaro** llera martinelli

descripción de imagen hecha por equipo dirección de **accesibilidad y convivencia**

